

EL OTOÑO NO TIENE QUE SER ROJO

Tomás Granados Salinas

A Esperanza la belleza le duró desde la mitad de abril hasta el último día de octubre. Se le subió al cuerpo como si fuera un batallón de hormigas y se fue apoltronando de tal forma que llegó a parecer algo natural, algo con lo que hubiera nacido y no el resultado de los azares propios del tiempo. Por eso, al mediar el otoño y marchitarse las filigranas que se habían apoderado de su piel, la pérdida fue más amarga que los aguaceros grisáceos que durante años inundaron su aspecto. Se le esfumó de un día para otro, sin advertencias, y en vano Esperanza se revolcó en las sábanas de seda de su recámara, en vano apretó la ropa que había comprado en las semanas recientes, en vano pintó su rostro hasta agotar el repertorio de tinturas y sombras en polvo, y en vano lloró sobre sí misma implorando una nueva oportunidad: sobre su cuerpo no quedaba una sola gota de belleza.

Estuvo echa un ovillo durante varias horas, secando los ojos con la terquedad de una tristeza suave, pero por más que volteaba a mirar los espejos que había instalado en su alcoba, para mirarse de cuerpo entero mientras se desnudaba o mientras comía el desayuno echada sobre la cama, por más que reconocía del otro lado de las lágrimas el perfil de los senos, la curva de la cadera o la agudeza de codos y rodillas, no encontró ningún vestigio, nada de ese aroma que provocó más de un altercado en los salones de té a los que entraba con una altanería de animal deseado e inalcanzable, y que la llevaba a fabricarse los insomnios en donde sus manos redefinían febrilmente las regiones más lejanas de su entrepierna.

Dejó de llorar cuando la tarde se filtraba por la ventana. Se bañó con timidez y en la regadera, sin atreverse a las largas caricias con que antes, sumer-

gida en la espuma de la tina, cubría vientre, espalda y muslos. Avergonzada, tomó una toalla enorme, a diferencia de la diminuta con que antes se secaba para tener que repasar con atención las zonas humedecidas, y terminó de arreglarse procurando no enfrentar los espejos, pero habían llegado a ser tantos que la imagen describió una trayectoria enredada y terminó dentro de sus pupilas. El reflejo, que hasta ayer había sido la antesala de sus orgasmos, donde veía al amante ansioso desnudándola, donde veía aparecer su cuerpo, paso a paso, con la demora generada por los ligeros, las blusas muy pegadas, los suéteres con cuello de tortuga, el reflejo, en fin, ahora le causaba náuseas.

La belleza le había llegado también sin advertencia, de golpe, como si de pronto alguien la hubiera arrojado sobre sus carnes amorfas y desequilibradas, sobre la nariz aburrida, los brazos rechonchos, el abdomen que se asemejaba a una pera demasiado madura. Al principio fue algo desagradable, casi igual que una enfermedad, pero poco a poco ella se dejó convencer por las miradas libidinosas y los gestos de sorpresa que iba despertando en la calle. Se pasaba horas en el minúsculo espejo del baño, al que hasta antes de abril no usaba más que para acomodar en las mejillas algo de rubor, dos trazos que delinearán los ojos, la plasta rojiza de los labios y una capa desordenada de polvos para disimular las múltiples carencias, hasta que, a mediados de mayo, cuando no le bastaron esos centímetros cuadrados de reflejo para deleitarse, decidió disfrazar uno de los muros de su recámara con vidrios pulidos.

Luego, una mañana en que había dedicado más tiempo del usual a depi-

larse las piernas, fascinada por el brillo que hallaba en ellas, por la firmeza, por la perfección, descubrió que sus viejas ropas no tenían la estatura de su nueva vida: abrió los cajones de su cómoda y las puertas del clóset, y fue arrojando sobre la cama las blusas deschistadas con que iba a la escuela, los brasieres discretos, las medias sin ningún atributo, las faldas que se esforzaban en cubrir ese cuerpo vacío de atractivos, mientras se reía con desparpajo y lanzaba guiños a todos lados. La siguiente semana la perdió deambulando en tiendas de lencería, comprando nuevos trajes y nuevos zapatos, reconstruyendo un guardarropa en el que pocas veces había reparado, pues estaba hecha a la idea de que la ropa es un mal necesario para cubrir los espantos del cuerpo. Cada vez que Esperanza entraba a una tienda, los clientes perdían el interés por lo que estaban comprando y llegaban a sentir una ligera vergüenza de sí mismos, tan feos, tan faltos de distinción, tan terrenales, y las encargadas de atenderla resistían apenas el impulso de ir con ella hasta los probadores, mirarla medio desnuda, oler su piel, tocarla pretextando que a la ropa debían hacerle un corte aquí, un remiendo allá.

Se puso un vestido al azar y notó que algo faltaba dentro de la tela. Trató de darle forma, de amoldarlo a su figura, pero fue inútil. Finalmente lo arrojó con furia y probó otro. El resultado fue semejante: éste requería ampliar la cintura, aquél reducir el escote; éste necesitaba ser más largo, aquél era muy angosto. Los apiló sobre la cama, sin llorar, hasta que, resignada, se quedó dentro de unos pantalones morados que parecían ser tres o cuatro tallas más chicos y cubierta por una camisa de hombre que le ha-

bía dado un aire irresistible durante las noches de agosto, cuando, agobiada por el calor y el aliento impulsivo de al menos dos pretendientes, había recorrido los salones de té.

Supo que también sus cabellos eran opacos. No tenía que echar una ojeada al reflejo para corroborarlo, pues tan encantada estuvo antes por esa cabellera lánguida, que la había dejado crecer abundantemente y ahora se colaba en su campo visual sin misericordia. Nunca tuvo un color definido y a veces se adaptaba al conjunto como un camaleón, pero había crecido tanto que, al opacarse, su aspecto se aproximaba al de la corteza de los árboles muertos. Se peinó con suavidad, en un remedo del rito de los meses anteriores, ese ritual que consistía en transitar desnuda frente a los espejos y aislar los cabellos hasta que cada uno pudiera ser visto como algo completo y no sólo como parte de aquella enredadera. Mientras abría los cabellos, los cristales le regresaban la reproducción infinita de una sonrisa maliciosa que esbozaba el nombre del amante de turno, del hombre nebuloso que hacía

esfuerzos por abarcar esa belleza, sin lograrlo nunca.

Se acercó a la ventana de su alcoba para ver cómo octubre se iba borrando de las calles, la abrió porque quería respirar profundamente y se quedó mirando el cielo. La tarde casi había desaparecido y sólo uno o dos caminantes cruzaban por la banqueta. Luego bajó las escaleras y enfiló hacia la puerta que daba hacia el exterior.

Se detuvo antes de abrir pero la duda duró poco. Giró el picaporte y una bocanada de aire le inundó los pulmones, dejándole un sabor de otoño en la garganta: su belleza era entonces como una cicatriz que humeaba. Volvió a palpar sus carnes flácidas y dio el primer paso sobre la acera. Nadie se frenó para mirarla, nadie sintió una taquicardia asesina, nadie parpadeó tres veces para asegurarse de no estar frente a un espejismo. En ese momento, lo único digno de atención era la tarde morosa que iba envolviéndolo todo como un lienzo fúnebre. La noche, advirtió Esperanza mientras echaba a andar, estaba demasiado cerca.

